Ni montañas ni costas nos faltan ciertamente, y si no abundan las selvas, es que seguimos siendo conspícuos taladores como en tiempo de las algaradas del Cid, y no aprendimos á plantar..... El Océano y el Mediterráneo nos brindan dobles y distintas riquezas; y múltiple y varia es la flora de nuestros montes, valles y llanuras..... Bien podremos en este Palacio de la Naturaleza—ya que en arte é industria flaqueamos—ocupar el puesto que Dios otorgó á la bella Península.....

Una vitrina con armas de Eibar y Orbea—en su mayor parte revólvers;—unas fotografías de féretros incorruptibles—como si, á semejanza de los egipcios, sólo la muerte estimulase nuestro genio inventor;—unos aros de cribas; algunas labores de esparto, no de las más delicadas; dos lágrimas de goma virgen; una inmensa rueda del tronco de un olivo; la Torre del Oro en corcho..... y ahí tienen ustedes cuanto ha remitido España de lo que la Naturaleza cría en su suelo y en las costas que la cercan y estrechan en doble abrazo. Ni siquiera hemos tenido alma para remitir á este Palacio un toro, un toro disecado y natural: sería una humorada típica..... A bien que de toros pintados..... de eso enviamos una Muñoza.

XXXV

MUÑECOS INSURRECTOS

No está en la Exposición misma, sino en un pabellón contiguo, el conjunto de las obras de Rodín, caudillo de la nueva escuela en escultura. Voy á decir algo de ellas, pisando terreno candente donde se libra reñida batalla, y aspirando á evitar el apasionamiento. Porque Rodin es para muchos un semidiós, y para bastantes un guasón ó un loco. Importaría poner la balanza en el fiel.

Juzguemos como juzguemos á Rodin, hay que reconocer el alto puesto que ocupa entre los escultores contemporáneos, y lo que han preocupado á la opinión inteligente sus doctrinas y sus creaciones. Lo curioso es que, á la edad que hoy cuenta este maestro—sesenta años cumplidos—con su fama, con el trabajo realizado, con bastantes obras adquiridas por

el Gobierno, colocadas en el Museo del Luxemburgo, expuestas en la Centenal de escultura —clásicas ya—Rodin, en vez de sentarse apaciblemente en el Olimpo, permanece en actitud de protesta y rebeldía, de revolucionario y de innovador. En su larga carrera no ha llegado á ponerse de acuerdo con el sentido general del público, y sus obras más recientes son las que han arrancado mayores protestas y armado alboroto qne dura, polvareda visible aún entre el inmenso remolino de la Exposición.

Dícese que Francia, tierra de grandes escultores, ha sido siempre madrastra para ellos y les ha desconocido ó perseguido. Tal fue la suerte de Juan Goujon, de Puget, de Barye, de Houdon, de Carpeaux. Si bien el viajero podría suponer que, al contrario, la escultura es un arte especialmente protegido en Francia, el aserto anterior, fundado en datos biográficos, no carece de exactitud, y nos explicaremos el hecho, añadiendo este comentario: Francia ha solido combatir á los escultores cuando no se sujetaron estrictamente al ideal del clasicismo académico reconocido y consagrado en las esferas oficiales. El realismo, la libertad, en escultura, han solido encontrar oposición. Recuérdese la botella de tinta arrojada al famoso grupo de Carpeaux *La danza*. ¿Querrán ustedes creer que casi envidio para España este modo de ser? El público será juez recusable; se equivocará de un modo burdo; no obstante, indicaría más bajo nivel de cultura que estas cuestiones le fuesen (como nos son por

ahí) indiferentes, con glacial y acorchada indiferencia.

Rodin tuvo por maestros á dos eminentes escultores, Barye y Carrier-Belleuse. Poco después de la caída del segundo imperio comenzó á hablarse de Rodin y á discutirse su estilo á propósito de la estatua conocida por *La Edad de bronce*. En aquellos primeros años, su cincel produjo, además del expresivo *Bautista* del Luxemburgo, los bustos de Laurens, de Víctor Hugo, de Dalou. Trabaja Rodin mucho y aprisa, aunque siempre medita despacio la idea. El catálogo de sus obras sería interminable. Sólo en el pabelloncito de la Avenida de Alma figuran ciento cincuenta obras, algunas célebres, y entre ellas la discutidísima estatua de Balzac, cuya *fama infame* (para la mayoría) ha pasado la frontera y repercutido en España.

Ni he de fatigar al lector con listas, ni con largas disquisiciones sobre la estética peculiar de Rodin; pero no se entendería lo que escribo, si omitiese exponer los principios fundamentales de esta estética.

Rodin no quiere ser jefe de escuela, y casi sufre al observar que los escultores franceses y extranjeros (como Wallgren) le siguen los pasos. Su aspiración se cifra en retroceder hacia las fuentes de la tradición escultórica—los griegos—y empaparse en la Naturaleza directamente. No es caso raro que el artista, al realizar la obra, desmienta su credo y eche abajo su propia doctrina. Nadie más diferente de los griegos que Rodin. Si no me ofusco, los griegos son los

adeptos de la escultura muscular, y Rodin el de la escultura nerviosa. Al exponerle respetuosamente esta objeción, contestóme Rodin algo que me hizo fuerza. Los griegos esculpían la vida tal cual la veían palpitar ante sus ojos. El *griego* de hoy debe hacer lo mismo. Si el resultado es diferente, será que es diferente nuestra vida, no que haya variado el ideal estético.

Vida, pero moderna, actual, anima á los muñecos de Rodín. Cuando se apartan de los arquetipos de belleza, es que reproducen las deformidades de la civilización. No son ya nuestros cuerpos aquellos cuerpos recios y sanos que crea la vida activa y el continuo beso del aire libre, como observaba acertadamente el descubridor portugués que escribía al Rey Don Manuel encareciendo la robustez y hermosura corporal de los salvajes. Ningún griego (si los griegos eran cual nos los figuramos según sus estatuas, cosa que no afirmo), tendría esas manos desfiguradas, nudosas, reumáticas, que he observado en el grupo de Rodín *El beso*, expuesto en el *Hall*.

¿Qué cualidades brillan en Rodín y le distinguen? Intentaré decirlo en pocas palabras, aunque el asunto merecería estudiarse detenidamente. Rodín es fino, sin debilidad, antes con arranques de vigor. Propende al ensueño y al idealismo: logra muchas veces producir una impresión de *inmaterialidad*, de algo musical, (por esto suelen compararle á Wagner) y de pronto la visión directa de la realidad se le im-

pone, y la fija en el barro ó en el mármol. Su originalidad se expresa por medio de las líneas; no trata de llamar la atención con nuevos procedimientos, ni apela á servirse de materias ricas ó desusadas, ni aun busca temas que causen extrañeza. Algo de lo que más impresiona en la exposición de Rodín está hecho con suma sencillez. Es muy expresivo, y no conozco escultor más movido, pero nunca exagera las actitudes al estilo dramático y convencional de los italianos. Hasta en los asuntos más escabrosos conserva el aticismo francés.

El carácter de su escultura es un esfuerzo intenso, casi doloroso, para emanciparse de la materia y someter á la idea el elemento plástico. Alguien ha dicho que Rodin no acaba; que expone una serie de bocetos. No es exacto. Rodin detesta el límite, prisión de la idea, pero sabe acabar, cuando quiere, con la delicadeza mayor. No aboceta por abocetar. Si se lo propone, pocos artistas le superan en perfección y maestría.

Atrevidísimos son, en su mayor parte, los asuntos que trata Rodin, y sin embargo, la impresión que causan es el del orden poético, más arriba de los sentidos. Tantos y tan apasionados grupos (admiro el arte de agrupar de Rodin) no evocan bajezas ni miserias, sino anhelos del alma. Hasta lo más profano lo idealiza Rodin. Faunos y faunesas, driadas y bacantes pertenecen á nuestra edad; el espíritu los ha tocado con sus alas.

Y se necesita gran efusión de espíritu para

infundirlo á esas parejas que se estrechan "ferozmente", "encarnizadamente", "con desesperación", dice el catálogo. Ved la *Posesión,* el *Pecado,* el *Fauno raptor,* las nefandas *Sirenas,* el *Beso del fantasma á la virgen*, las impúdicas *Bacantes*, los dos grupos *Fugit amor* é *Idolo eterno*, el titulado *Eterna primavera*... y todos los que, por medio de la actitud, sugieren la alta melancolía del sentimiento insaciable, la honda nostalgia de lo infinito. *Fugit amor* es de los muy interesantes. Nunca Rodin alardeó con más gracia de esa cualidad enteramente suya: el profundo idealismo revelado por medio de la representación de las más osadas realidades.

Si otro que no fuese Rodin modela el número 15 (cuyo asunto no me atrevo á indicar) haría algo feo y grosero. Y es que en Rodin, si la concepción va hasta donde puede ir, la realización es un prodigio de castidad. La completa desnudez de sus grupos se diría que lleva velo. Cosa singular: lo enlazado, retorcido y excesivo de la actitud en las figuras, contribuye á salvar el decoro.

Para informar debidamente al lector de la Exposición privada de Rodin, convendría estudiar sus originales bustos (algunos magníficos), sus obras de mayores dimensiones, como el *Monumento á Victor Hugo* y *Los burgueses de Calais*, y recoger los ecos de la polémica sobre el raro muñeco, la estatua de Balzac, que á mí también me parece apuesta, reto y carcajada de artista, que se ríe de los filisteos

con risa luminosa... Pero la originalidad de Rodin para mí está completamente en sus grupos. Habría hecho bastante si no hubiese hecho otra cosa.